



Teresa de Jesús (1827). François Gérard.

La correspondencia del único amor que es pleno

“Teresa de Jesús. La dama herida”

Nuestra alma es como un castillo interior cuyo dueño es el Señor, que nos busca y espera, enamorándonos y moviéndonos a su búsqueda porque Él es el único que calma la sed de nuestro corazón. A través del relato de una boda –donde la amada busca al amado y se encuentra con el enlace cuando descubre la correspondencia-, la monja carmelita *Irene Guerrero* narra esta búsqueda y encuentro del alma enamorada con su Amado, en su libro *Teresa de Jesús. La dama herida*, publicado por la *Editorial San Pablo* coincidiendo con el V centenario del nacimiento de *Santa Teresa de Jesús*.

Era de cristal muy claro. Como un diamante, así de hermoso... Eso es, como entrar dentro de un diamante... O como si el mismo diamante fuera un castillo. Todo resplandeciente, todo iluminado, de harta transparencia, de una riqueza que no se sabe cómo encarecer, porque el palacio de más lujo que haya en la tierra no tiene comparación ninguna con éste, que es lo más precioso que en el mundo se pudiera hallar.

Cuando lo vio se quedó muda de tanta admiración... ¿Era posible que existiera algo tan bello? Llena de polvo, sedienta y harto fatigada de los muchos caminos, se sentó en una piedra a contemplar... A lo lejos se oía una música dulce, como de flauta. Allí se quedó como pasmada sin que contara el tiempo.

- ¿Por qué no entráis? – dijo una voz a su espalda.

Ella se sobresaltó. Había creía que estaba sola. Se volvió y pudo ver a un hombre entre los arbustos, con trazas de pastor. Llevaba una flauta en la mano.

- ¿Yo? ¿Por qué había de entrar? – preguntó ella.

- Porque tiempo ha que os esperan – dijo el desconocido sonriéndole.

Ella se turbó al pensar que la habían confundido con otra.

- No, no. Se equivoca. A mi no me espera nadie.

- Pero, ¿cómo? ¿No lo sabéis? Os están esperando, ¡daos prisa! Sólo el deseo será quien os abra las puertas.

Se volvió otra vez para mirar el castillo que estaba a un trecho, delante de ella. Jamás viera algo parecido y era cierto que no conocía a nadie que viviera en tal lugar. A usadas que se estaban burlando de ella... Pero cuando fue a contestar al pastor, éste ya no estaba. Se había ido y por más que miró y remiró, no lo volvió a ver. Ni rastro.

Pasaron las horas y fue la sed y el hambre los que hicieron que se pusiera en pie y se acercase a aquellas pesadas compuertas que parecían estar selladas desde hacía mucho tiempo. ¿Y si acaso estuviera vacío? Estuvo mirando por la cerca... Si al menos apareciera el pastor le podría preguntar dónde había agua. Le gustaría volver a oír su música, su voz melodiosa...

(...)

Así fue como empezó a tener grandes deseos de entrar en el castillo para hallar dentro refrigerio y algún descanso, para averiguar si era cierto que alguien la estaba esperando. ¡Es tanto el deleite que alguien nos espere en algún sitio! Y al cabo de irle creciendo el deseo en el corazón se comenzó a oír el chirrido de gruesas cadenas que iban abriendo las compuertas. Nadie le impidió la entrada. Había un jardín harto precioso antes de llegar a la puerta principal, la cual se pudo abrir después de desear ver lo que dentro había. Cuando esto consiguió, un vientecillo arrastró las hojas secas que se arremolinaron y entraron con ella en las primeras estancias. (...)

Con el miedo de quien entra en casa ajena, sin licencia, fue dando los primeros pasos y descubriendo todo lo que allí había, que eran muchas moradas arriba y abajo y a los lados. Escaleras alfombradas que la llevaban a otras piezas. Puertas cerradas que se abrían con el deseo... Y en una de ellas, lo encontró. Era un lienzo grande, el retrato de un hombre que parecía mirar hacia todos los lados según se le contemplara. Era un rostro muy hermoso, como no lo había visto nunca.

(...)

Un gran esportón con hojas de mora le colocaron entre los brazos, que casi no podía con él y harto trabajo era que no se cayera.

- ¿Para qué son tantas hojas? – se atrevió a preguntar.

- Para los gusanos de seda, ¿para qué van a ser?

(...)

- Ellos hacen la seda para el velo de bodas.

En cuanto pudo se escabulló (...). Mientras bebía de aguas tan cristalinas oyó a lo lejos la música de una flauta y su corazón saltó de alegría (...) Miró a su alrededor con detenimiento y vio entonces a aquel hombre asomado a la ventana, observándola. Era el mismo que el del cuadro. Sus miradas se cruzaron un instante, pero al momento él desapareció.

A partir de entonces fue cuando ella se dedicó a buscarle por el castillo. Ya no le interesaba tanto descu-



brir las riquezas que allí había, sólo deseaba volverle a ver... Pasó un día que él se quedó más tiempo y le habló al corazón como nadie lo había hecho. La mujer supo, sin duda alguna, que se había enamorado. Pero no era esto de continuo, porque su amado volvía a irse, dejándola cada vez más herida, con el recuerdo de su rostro y de su voz melodiosa.

(...) Todo era un desierto ardiente que no acababa, en el que se moría de sed. (...) Luego llegaban otros momentos en que no todo era tan oscuro, como si una débil luz apuntara en el hondón del alma y le impidiera dudar de todo lo que había sido. Y era cierto que su vida ahora tenía otro sentido tan distinto al de antes, ya eran otros los intereses, otros los sueños (...)

Y volvía una y otra vez el corazón a sufrir esos aceleramientos de amores, que llegaron un día a verse cumplidos después de mucho esperar. Un día en el que vio volar a su alrededor muchas maripositas blancas, tantas que le pareció cosa muy extraña. Un día que de repente vinieron a por su persona y le pusieron un velo de seda y la condujeron por sitios que ella no conocía, por caminos muy claros, hasta llevarla a un palacio que había dentro del castillo aquel (...). Dentro allí, en lo más secreto, él la esperaba. Vio al señor del castillo, al Rey, que estaba esperándola, que no era otro que su amado. Y vio que en su mano llevaba una flauta, porque también era el pastor.

Y luego ya sí, gozó de la visión de estas postreras moradas tan llenas de todos los bienes, donde se deleita un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio... En cuyos

ojos se vio ella misma retratada, imprimida con una belleza que nunca pudo imaginar.

Vio cómo él la miraba y sintió recibir el ser de este sol de justicia. Cabe él fue donde encontró la paz que ya no se pierde, por más trabajos y guerras que se sufran de por fuera, pues nada ni nadie hay que la haga quitar al alma de allí. (...)

Le dolía la cabeza, como si estuviera en ella el ruido de aguas caudalosas y el silbido de muchos pajaritos. Pero había de escribir todo eso. No podía callar tan alta hermosura. (...)

- Madre, esos papeles que escribe ya no son de las fundaciones, ¿verdad? – preguntó Juana del Espíritu Santo al mirarla.

- Así es – dijo Teresa mientras dejaba de escribir para mirarla.

- Pues ha de ser muy deleitosa su lectura.

- ¿Y por qué se lo parece a ella?

- Porque tiene el rostro muy encendido, que da gloria mirarla mientras lo está escribiendo.

Teresa, que sentía cómo su ser entero estaba abrasado por dentro y por fuera, y podía mirar todo desde aquella postrera morada, sonrió a la hermana Juana.

- Sí, hija, será un deleite leerlo. ¡Ya lo verá!



Estatua de Santa Teresa al lado de la Puerta del Alcázar de la muralla de Ávila.